JULIÁN MEZA

Manuel Mendoza R. *

Escribir un texto acerca de un escritor siempre es un reto que se multiplica si la relación que el autor de esas líneas guarda con la Literatura, así con mayúscula, es en el mejor de los casos, la de un lector aficionado, inconstante, fácil presa de las modas literarias. Si, además, el resultado de ese esfuerzo amenaza con ser leído por profesionales de la lengua, entonces definitivamente el proyecto se presenta como una tarea intimidante que puede fácilmente conducir a la parálisis, como ha sido mi caso en varias ocasiones durante las últimas semanas.

Cuando Luz María Silva me invitó a escribir sobre nuestro amigo Julián Meza, acepté con gusto y alegría; ahora puedo afirmar que con irresponsable alegría. Conozco a Julián hace más de quince años. He convivido con él de diversas formas pero, por mucho, la principal ha sido charlando en torno a una mesa de buena comida, cobijados por la compañía de un grupo particular de entrañables amigos comunes. La naturaleza de la conversación sólo podría ser heterogénea, dada la condición de los concurrentes: abogados, sociólogos, filósofos, historiadores, físicos, matemáticos, actuarios, escritores. Los temas suelen entrecruzarse para incluir la educación y la política, lo mismo que viajes, idiomas, exposiciones y el cine, entre otros. También aparecen con frecuencia

185

* Departamento Académico de Estadística, ITAM.

MANUEL MENDOZA R.

asuntos más cercanos a nuestras emociones como los hijos, los amigos, la familia, la vejez, la enfermedad y la muerte.

He leído una mínima parte de la obra de Julián el escritor, pero a Julián el amigo, lo conozco por sus opiniones, reacciones, sonrisas, carcajadas, gestos y enfados en las sesiones de este ateneo informal donde estos compañeros, académicos todos, se dan cita casi periódicamente. Ahí Julián muestra, con frecuencia, que es un habilidoso polemista. Estudioso, inteligente y en dominio del lenguaje, despliega una intensidad que en ocasiones resulta feroz. Es quizá, uno de sus rasgos más distintivos. Julián es un intenso de tiempo completo. No importa si discute sobre cocina, viajes, la iglesia ortodoxa, el cine o el color de los ojos de una mujer, su argumento está invariablemente acompañado de una intensidad abrumadora.

La ferocidad de Julián es otro asunto. Detesta, como muchos, la mediocridad, la chabacanería y la ignorancia, especialmente cuando ésta se agazapa tras los títulos y las credenciales. Abomina de la arbitrariedad, la burocracia y las mafias. Cuando una conversación discurre entre estos temas y sus similares, Julián, como pocos, concentra estos sentimientos, se encarna en un combatiente que no da tregua y produce fieros argumentos que, como si fueran cargas explosivas, deposita en la mesa para que, a ser posible, dinamiten y borren por siempre de la faz de la tierra el origen del mal.

Ahora bien, así como es un intenso de tiempo completo, Julián es solamente un feroz de tiempo parcial o por horas. Escucharlo, por ejemplo, cuando pondera las virtudes de un buen vino, cuando describe un manjar que lo sedujo o cuando relata sus experiencias viajeras, siempre con el aderezo de las referencias históricas, es un privilegio. Sigue siendo el Julián intenso, pero la ferocidad se transforma en regocijo y los argumentos siguen rotundos, pero llenos de gozo. Es un extraordinario conversador. Lo mismo puede contar la historia de una callejuela de París que recomendar un restaurante en Heraklion. Y qué decir cuando el erudito deja su lugar al padre cariñoso o al abuelo que se permite una minúscula lágrima de felicidad cuando relata sus aventuras con el objeto de sus amores.

No sé lo que significa tomar clase con el profesor Julián Meza. Pero tengo mis sospechas. Conozco alumnos y exalumnos, en especial de Matemáticas, que lo aprecian y conservan una imagen brillante de su profesor. Ha influido en el destino profesional de muchos; les ha abierto caminos, les ha dejado seguir por su cuenta. Cada quién su carisma y así como existen profesores que cautivan, además de con sus conocimientos, con su moderación, su austeridad e incluso su timidez, me imagino que en el caso de Julián el dominio de la materia se acompaña, como en las charlas con sus heterogéneos amigos, de la plática animada e informada, la argumentación vigorosa, la exaltación de las mejores ideas, la discusión polémica, el rigor y el análisis directo, sin rastros de condescendencia.

Hubo un tiempo en que, escuchándolo, pensé que Julián era demasiado duro. Curtido en la crítica social y el análisis político, abandonado de la poesía y otras causas perdidas, creí que era él una víctima más del desencanto y la desesperanza de nuestros tiempos. Ahora creo que, más bien, hemos ido envejeciendo con distintas velocidades. Al paso de los años, yo me he vuelto más conciliador, menos radical en muchos de mis juicios. Julián, por su parte, se conserva joven y, por tanto, combativo, provocador y aguerrido; dispuesto a embarcarse en las batallas más diversas para defender sus ideas. También, como tantos jóvenes, despliega una inagotable curiosidad y energía que, por ejemplo, lo han llevado a explorar las islas del Mediterráneo para traernos relatos nuevos de esas viejas tierras. Quizá por eso, el profesor Meza me sorprendió cuando anunció su retiro. Sin duda, un caso de paradoja evidente. Un joven que se retira.

Lento, como soy, he tardado en darme cuenta de la realidad. Julián no se retira; se libra de ataduras, se deshace de lastre para, joven al fin, emprender, sin límites, nuevos viajes y aventuras de los que pronto sabremos gracias a su intensa, a veces feroz, pluma.